



Jorge Marco (ed.)

LA GUERRA DE ESPAÑA EN NUESTRAS RAICES

Ancestros, subjetividad y el oficio del historiador

de los movimientos paramilitares organizados de las organizaciones juveniles y, sobre todo, durante la Guerra Civil.³¹ En los carteles de propaganda republicana muestran el nuevo ideal de masculinidad. Torsos desnudos y musculosos, agresivos y valientes. Los aviadores eran denominados «Hombres fuertes, al frente», los marineros destacaban por su bravura. «Homes forts, al frente», decía uno de los pasquines del PSU. «Mes Homes! Munitions!» [¡Más Hombres! ¡Más Armas! ¡Más Municiones!], decía otro. «Atacar es vencer. ¡Todos al ataque como un solo hombre!» [Atacar la batalla, bajo las trincheras, los soldados republicanos compartieron esta masculinidad que relegó a las mujeres hacia las actividades de la retaguardia. Este mismo modelo continuó durante el periodo de la Resistencia, con una clara asignación de roles específicos de género.

La insurrección militar, primero, y el desarrollo de la guerra, en la continuación, provocaron la mayor movilización y el mayor nivel de encuadramiento en organizaciones políticas en la historia de España. Pero la explosión de la guerra tuvo un gran protagonista: la juventud masculina. «Toda la juventud masculina por España», decía un cartel de las JSU mostrando un puño cerrado y una espada de hierro con las inscripciones de varias organizaciones juveniles (JSU, JJI, JI, JI [Juventudes de Izquierda Republicana]). Como señala Helen Graham, el movimiento obrero no derivó del «pueblo en armas» en general, ni siquiera del movimiento obrero organizado, sino «que procedía de forma aplastante de los sectores juveniles —en este caso hombres— no cualificados y previamente no movilizados».³² Al mismo tiempo, no debemos olvidar el importante perfil campesino del nuevo Ejército Popular. Un



LA GUERRA DE ESPAÑA EN NUESTRAS RAÍCES

LA GUERRA DE ESPAÑA EN NUESTRAS RAÍCES
Ancestros, subjetividad y el oficio del
historiador

JORGE MARCO (ED.)

Postmetropolis Editorial
2022



Postmetropolis Editorial

Madrid

Marzo de 2022

Edición:

Pablo Sánchez León

Maquetación:

León Ruiz de Lobera Sánchez

Cubierta:

Miguel Ángel Gil Escribano

Diseño de colección y de la cubierta:

Miguel Sigler

Ilustración de la cubierta:

Seisdedos

Referencia:

Jorge Marco (ed.), *La guerra de España en nuestras raíces. Ancestros, subjetividad y el oficio del historiador*, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2022, 440 pags.

ISBN: 978-84-124738-4-1

ÍNDICE

EL HISTORIADOR INTROSPECTIVO. MIRAR HACIA DENTRO PARA MIRAR HACIA FUERA Jorge Marco	7
ÁNGEL VIÑAS Recuerdos de una guerra que no viví	119
JUAN JOSÉ DEL ÁGUILA Algunas experiencias traumáticas de mi juventud (1953-1962)	133
GLICERIO SÁNCHEZ RECIO En torno a la guerra civil y la dictadura franquista: raíces, subjetividad y el oficio del historiador	155
FRANCISCO MORENO GÓMEZ El historiador ante la historia. El contexto familiar, social, cultural e histórico	169
ALBERTO REIG TAPIA La guerra civil y el franquismo en mi memoria	191
FRANCISCO ESPINOSA MAESTRE Mirar atrás... y adentro. El pasado que va con nosotros	215
LUCÍA PRIETO BORREGO Una familia sin memoria de la guerra	233
MATILDE EIROA SAN FRANCISCO Los escenarios inspiradores: el entorno formativo y familiar	251

PABLO SÁNCHEZ LEÓN	
La destrucción de 1936 que llega hasta mi e influye en mi actividad como investigador	271
GUTMARO GÓMEZ BRAVO	
El ojo y la cerradura. Entre la memoria y el recuerdo de la historia familiar	295
ANA CABANA IGLESIA	
Repensar constantes y reconocer raíces: un quehacer investigador a escrutinio	309
JORGE MARCO	
El traje nuevo del historiador. Sobre el rol de la subjetividad en mis indagaciones del pasado	325
JAVIER RODRIGO	
Un soldado de ocho años (y yo)	355
DAVID ALEGRE LORENZ	
Familia maldita, maldita familia: por qué la historia y por qué la guerra civil	371
ALEJANDRO PÉREZ-OLIVARES	
A 7,5 centímetros sobre el suelo: silencios, disonancias y subjetividades en la reconstrucción del pasado traumático	389
MIGUEL ALONSO IBARRA	
El historiador frente al nieto	409
GLORIA ROMÁN	
“Una piel de naranja y una coplilla sobre el estraperlo”. De la historia familiar de mis abuelos a la historia de la vida cotidiana durante el franquismo	425

A 7,5 CENTÍMETROS SOBRE EL SUELO: SILENCIOS, DISONANCIAS Y SUBJETIVIDADES EN LA RECONSTRUCCIÓN DEL PASADO TRAUMÁTICO

Alejandro PÉREZ-OLIVARES
(Universidad de La Laguna)

Qué bonitos recuerdos... Pero ha llegado
el momento de volver al presente-pasado
Súper Patata, Vol. 3. El mini-portal temporal

El pasado solo es una historia
que nos contamos a nosotros mismos

Spike Jonze, *Her*

Introducción

Primero fue el color sepia de dos fotografías. Luego el azul regular, ordenado y marcial de los *unionistas*, encargados de representar a los *nacionales*, y la indisciplina cromática de los *confederados*, apropiada para convertirse en *milicianos*. La Guerra civil española fue para mí, desde el principio, una experiencia visual lejos del blanco y negro que domina la mayoría de las imágenes de época. Esa guerra fue la de mis ancestros, como reza el título de este libro colectivo, pero también la hice *mía* de una forma peculiar. No recuerdo cuándo fui consciente de que mis abuelos aparecían vestidos de

uniforme militar en aquellas fotografías que dominaban el salón de casa de mis padres. “¿En qué guerra lucharon?”. “Pero... Combatieron juntos, ¿verdad?”. Tampoco sé qué explicación recibí, ni cuál es la mejor manera de hacerle comprender a un niño de ocho años qué es una guerra. Sí estoy seguro de que la primera vez que pregunté *por qué*, mi abuelo Enrique ya había fallecido. Y no llegué a conocer a mi abuelo Tomás. La respuesta de mis padres no fue la esperada, pero eso no hizo sino estimular mi fantasía infantil: a partir de entonces, y de manera unilateral, decidí que Tomás y Enrique tenían que empezar a compartir hazañas bélicas. Así fue cómo aquella guerra se coló en mis juegos de infancia.

Según Wikipedia, Playmobil es una línea de juguetes de plástico cuya base “es un muñeco de 7,5 centímetros de alto”. Como aparece en su página web, a través de este juguete “los niños y niñas pueden asumir una infinidad de roles, además de recrear y experimentar el mundo en miniatura”. De alguna manera, mi fascinación por el pasado está unida a una conciencia temprana de la pérdida, cuando representé la historia que me contaron mis padres convirtiendo mis muñecos del “salvaje oeste” en *nacionales* y *milicianos*. Puede que mis abuelos no lucharan juntos en aquella guerra lejana que seguía apareciéndose en el salón, pero eso no impidió la representación de una historia alternativa en mi imaginación. Quizá ese presente lúdico para un niño fuera una capa más de un pasado traumático irresuelto, el de mi familia y el de mi país, donde muchas explicaciones no terminaban de encajar, igual que los uniformes de aquellos muñecos no coincidían con las fotos en sepia del salón, y los detalles —las armas, los escenarios— de mis *Clicks* se desviaban bastante de aquel contexto que yo apenas llegaba a comprender. Entonces no podía saberlo, claro, pero aquellas preguntas llenas de inocencia poseían un significado más profundo: no en vano, mis padres se habían socializado durante su juventud en un relato muy potente sobre la guerra como conflicto fratricida. Su propia crónica personal, privada, estaba unida a una narración pública, a un discurso socialmente aceptado: la guerra de *sus padres*.

Este texto tiene la intención de subrayar la relevancia de los espacios de socialización en los discursos sobre el pasado traumático

de la guerra y la dictadura franquista. Para ello, quiero poner mi propia experiencia en perspectiva y explorar los entornos que no solo explican algunos de mis intereses académicos, sino mi propia vocación de historiador. En primer lugar, desarrollaré el primer contacto que tuve con la Guerra civil a través de la memoria de mis abuelos y la transmisión de su experiencia a través de mis padres. Luego, presentaré la significación de ser estudiante de historia en la Universidad Complutense de Madrid en el contexto del 70 aniversario del golpe de Estado contra la Segunda república. Por último, profundizaré en las implicaciones que tuvo elegir la represión franquista como tema de investigación en mis primeros pasos en la academia como historiador. Tres contextos cronológicos, personales e intelectuales muy diferentes. Pero los tres atravesados, de alguna forma, por el silencio trasladado desde la generación de mis abuelos a la de mis padres, por los relatos que no terminan de encajar al ser confrontados y por la compleja presencia de la subjetividad en los relatos sobre el pasado. De un modo u otro, esta es la historia de una disonancia sostenida en el tiempo, la que me ha acompañado en mi relación con el pasado familiar y colectivo desde que era pequeño.

Las siguientes páginas están escritas desde una profunda subjetividad, y por eso abundan los pronombres y los determinantes declinados en primera persona del singular. “Yo”. “Mi”. “Mis”. Y aunque hacen referencia a algunas experiencias muy íntimas, no tendría sentido romantizar los recuerdos a la luz del presente si se trata de comprender el pasado. He procurado recuperar las diferentes líneas de tensión que recorrieron el encuentro entre mi memoria familiar y mi formación académica, por complejo que haya sido cuando es la vida propia la que se pone en perspectiva. Habría sido más sencillo establecer una secuencia lógica de acontecimientos —la tentación de mirar el pasado hacia delante— para justificar las diferentes elecciones que me han llevado hasta la escritura de este texto. Eso habría dibujado una panorámica falsamente cómoda de mi propio pasado. Al fin y al cabo, puede que toda historia sea historia contemporánea, evocando el viejo *adagio* de Benedetto Croce, pero conviene recordar también, con Donna Haraway, que todo conocimiento es

situado. Por tanto, esta reflexión no puede obviar el contexto histórico y cultural desde el que se elabora, analizado de manera muy certera por Enzo Traverso en su último libro, *Passés singuliers. Le “je” dans l’écriture de l’histoire*. Recupero una cita suya ante la tentación de pensar que el pasado, aunque sea el propio, no pudo haber transcurrido de otra manera, de forma que el principal peligro al relacionarnos con él sea “encerrarnos en la jaula de acero presentista que nos asfixia en lugar de separar los barrotes”.

En casa de mis padres

Plano de perfil, rictus serio, fondo blanco. Uniforme militar, en ambos casos. La fotografía de Enrique, más cercana, destacando unas facciones más duras y marcadas. La de Tomás, más lejana, dibujando un perfil que estoy acostumbrado a ver en el rostro de mi madre. De hacerle caso al poder evocador de las imágenes, ambas fotografías definirán siempre mi relación con la Guerra civil española: la “guerra de mis abuelos”. La de “ellos”, nada más. La juventud de mis abuelas también aparecía representada en papel, claro, pero en pareja. Mi abuela Juana agarrada de la cintura por Enrique, paseando por la Gran vía, ya embarazada de su primer hijo. Mi abuela María junto a Tomás: plano medio, sentados los dos, encuadrados a partir del torso. La típica imagen de un matrimonio de posguerra, el retrato de dos personas que no están acostumbradas a posar delante de una cámara. Ella guarda un riguroso luto, aunque el color negro nada tenía que ver con el conflicto que acababa de terminar oficialmente. De hacerle caso al poder evocador del recuerdo, la guerra fue un asunto únicamente masculino, al menos en mi familia, en la que tanto las fotografías como los silencios que pasaron de una generación a otra opacan la vida de María y Juana entre 1936 y 1939.

Todavía pienso en las posibles razones que me llevaron a no preguntarles a ellas qué sucedió, cómo conocieron a sus futuros maridos o de qué manera transcurrieron sus vidas en el pueblo, antes de

llegar a “su” barrio en Madrid. Supongo que una mezcla de timidez infantil, miedo heredado y olvido asumido explican que, durante los años siguientes, la guerra no fuera un tema de conversación con mis abuelas. Al fin y al cabo, yo crecí normalizando un recuerdo familiar: que fuera Tomás el único que hablara de “esa época” cuando las conversaciones derivaban hacia el pasado. Lo hacía compartiendo escenas de vida cotidiana, restando dramatismo a su propia experiencia. Aunque había sido excedente de cupo en 1936, pidió ir al frente para reemplazar a un hermano mayor al que la guerra le estaba consumiéndose. La memoria todavía dibuja sus cartas desde el frente “con la tinta corrida por las lágrimas”, como tantas veces le he escuchado decir a mi madre resaltando el arrojito de mi abuelo. Fue movilizado, como artillero, al frente de Somosierra, en el Alto del León. Y siempre recordaba la “otra guerra”. La necesidad de buscarse una cuchara y una escudilla para poder participar del rancho, después de que otro soldado le robara las suyas. El intercambio de los cigarrillos por otros bienes más preciados para él, seguramente comida. La camaradería con un compañero de armas al interactuar con mujeres, un relato probablemente edulcorado al hacerlo público para olvidar que, aun con veintidós años recién cumplidos, un soldado disfrutaba de ciertos privilegios.

En boca de mi abuelo Tomás, la guerra fue un sinfín de anécdotas. Para mi abuelo Enrique, recordar aquella época llevaba aparejado el sonido del silencio. Siempre les he imaginado a ambos sentados en la misma mesa con dos actitudes completamente diferentes. Enrique, cabo de la Guardia civil, católico y próximo ideológicamente a la derecha agraria que desembocó en la CEDA, estaba destinado en Cantabria cuando se produjo el golpe de Estado contra la Segunda República, un régimen que defendió en contra de sus creencias. A pesar de que intentó “pasarse” a zona franquista en dos ocasiones, fue finalmente capturado y apresado tras una denuncia proveniente de un compañero. La prueba presentada fue una fotografía, esta vez en grupo, en la que aparecía levantando el puño, rodeado de milicianos. El periplo por diferentes prisiones —la provincial de Valladolid, el barco Upo-Mendi, la isla de San Simón, el colegio jesuita de Camposancos— y una condena por “auxilio a la rebelión”

le mudaron el rostro y se llevaron gran parte de sus palabras. Aquel silencio suyo fue una prueba más de la continuidad de la guerra en los años siguientes, una reserva que debía de contrastar, en aquellas reuniones familiares, con las anécdotas compartidas por su consuegro. Esa disparidad en los recuerdos sigue traspasando el tiempo, y el espectro de la represión franquista se aparece todavía hoy, en los álbumes de fotos conservados en casa de mis padres, donde resulta realmente difícil encontrar un instante en que la cámara capturase a Enrique sonriendo.

El relato heredado de mis padres tuvo un curioso impacto en mí: a diferencia de mi hermano, un apasionado de los libros que todas las semanas le pedía más a su querida profesora Luisa, a mí no me gustaba leer. Sin embargo, a escasa distancia de aquellas imágenes dominadas por el color sepia y el misterio a partes iguales, un título sobresalía entre el resto: *La guerra civil española*, de Hugh Thomas, la edición que *Diario 16* había publicado en fascículos durante la Transición. El sempiterno afán coleccionista de mi padre me inició de una manera un tanto heterodoxa en el placer de la lectura, pues aquel libro ofreció interminables posibilidades para mis Playmobil, que ya nunca fueron los mismos. Los escenarios del Oeste tuvieron que reconvertirse, y si los muñecos de uniformes dispares cruzaban un río, ese era el Ebro. Si conseguía incorporar algún vehículo, rápidamente se transformaba en un tanque atrapado en el barro de Guadalajara. Si se trataba de defender un puente, no había ninguna duda: era otoño en Madrid. No importaba que yo no comprendiera apenas nada entre aquellas páginas, a pesar de las virtudes narrativas de la historiografía hispanista. La imaginación ya se había convertido en fascinación. Tanto fue así que cuando los profesores de mi colegio, el Julián Besteiro, decidieron que era buena idea fundar un periódico, yo me despedí de la redacción en Sexto de Primaria encargándome de la nota biográfica del viejo líder socialista que sigue dando nombre al centro. Nadie supo entonces que en realidad la había transcrito —casi de memoria— de ese libro de tapas azules y palabras extrañas.

Cuando pasé al instituto estrené una afición, la lectura, y aproveché para devorar todos los libros que no había leído hasta entonces.

Entre los poetas de la generación del 27 y las mañanas de domingo en casa, cuando hacíamos limpieza general acompañados por la voz de Joan Manuel Serrat, acercándome a los versos de Antonio Machado y Miguel Hernández, terminó de definirse mi vocación. Cualquier nuevo dato me hacía volver la vista hacia la guerra, hacia el significado oculto de aquellas fotografías. Empecé a entender el trabajo de Hugh Thomas, dejó de ser la única referencia. Llegó el momento de elegir itinerario en bachillerato, donde siempre fui el estudiante al que se le iluminaba la cara con las asignaturas de humanidades, rodeado como estaba por las Matemáticas, la Física, la Química y el Dibujo técnico. Mis padres no se sorprendieron en absoluto cuando escucharon que quería matricularme en Historia. Justo en esa primavera de 2006 Televisión española estrenó *El laberinto español*, un programa de divulgación que incluía la proyección de un documental acompañada de un coloquio. En una de las emisiones escuché hablar por primera vez al profesor Julio Aróstegui, y tuve claro que quería convertirme en investigador y profesor de historia.

En las aulas (y las calles)

Antes de matricularme en la universidad, para mí los libros tenían un solo autor. La secuencia de los títulos de mi estantería era sencilla: las baldas de narrativa, agrupadas a un lado; las de poesía, más numerosas siempre y un tanto desperdigadas; las de historia, ordenadas según época, año de edición y autor. Un título, un autor. *Victimas de la guerra civil*, el trabajo coordinado por Santos Juliá en 2002, no solo rompió con ese orden hasta entonces lógico. También hizo que yo empezara a naturalizar una noción que iba a protagonizar intensamente los debates historiográficos de aquellos años. Ese libro —el primero de tantos monográficos sobre un tema de investigación que luego acabó siendo también el mío— me introdujo en el que sigo considerando uno de los debates más fructíferos del contemporaneísmo español: el lugar de la violencia en la construcción de la dictadura franquista.

Entré en la vieja “caja de cerillas” de la Complutense en 2006, en plena efervescencia historiográfica por el 70 aniversario del inicio de la Guerra civil. Aún recuerdo las paredes de la facultad forradas por los numerosos carteles que anunciaban charlas, mesas redondas y presentaciones de libros, y con la virtud añadida de tapar los lugares donde antes había azulejos. La matrícula de primer curso, ese extraño tránsito entre etnología, prehistoria, las historias antiguas o la precolombina, incluía el férreo compromiso de no separarme del itinerario de contemporánea. Solo un profesor me hizo dudar, pero el miedo ante la necesidad de aprender alemán si me quería especializar en el Próximo oriente cumplió el mismo papel que mi ineptitud con el dibujo técnico durante el bachillerato: devolverme al sendero de la vocación. Una vez más, sería Contemporánea o no sería. Y “Contemporánea” quería decir “Guerra civil”.

Tuve que esperar hasta el segundo año para poder matricularme en las asignaturas propias de itinerario. Yo añadí una que, aunque se ofertaba como un curso de libre configuración, significó volver a la curiosidad de un niño pequeño que se preguntaba *por qué* delante de dos fotografías. Durante el primer semestre del curso 2007-2008, “La guerra civil española: un balance crítico” me puso tras la pista de nuevos nombres, de interpretaciones diversas. Fue allí donde oí hablar por primera vez de la “eterna” tesis doctoral de José Luis Ledesma, al que pude escuchar en el curso de verano de El Escorial que hice en julio del año siguiente, espoleado por las entusiastas clases de Ángel Viñas. En aquellas conferencias, a las que fui asiduo durante algunos años en una especie de ritual que daba la bienvenida al verano, las “víctimas” solían protagonizar los debates, todavía como parte de aproximaciones mayoritariamente cuantitativas y regionales. Pero era patente la transformación que estaba operándose en las representaciones del pasado traumático. Sí, es cierto que se habían desarrollado estudios sobre la violencia franquista desde finales de la década de los ochenta. Los ponentes solían citarlos como “pioneros”. Sí, también es cierto que había nuevos temas y enfoques en la agenda historiográfica: en aquellos años aprendimos que España había sido *una inmensa prisión*, un país lleno

de *cautivos*. No obstante, los debates en esos cursos apenas podían desligarse del escenario dibujado por la Ley 52/2007, que pronto se empezó a conocer como “ley de memoria histórica” y redimensionó esas investigaciones en el debate público. Creo que allí fui consciente, por vez primera, de cómo la academia formaba parte de una “ola memorial” bastante autorreferencial, de cómo había hitos y alusiones que *era necesario conocer* para no perder el hilo.

Sin embargo, aquellas “víctimas” de las que oía hablar apenas tenían algo en común con mi abuelo Enrique. Eran sindicalistas, miembros de partidos obreros, maestras progresistas, habían participado en huelgas, se habían destacado en la defensa de la República durante la guerra. Frente a ese perfil, un guardia civil católico que a duras penas entraba en la categoría de “leal forzosos”, juzgado por un tribunal militar y recluso en cárceles y campos de concentración, ofrecía una imagen disonante dentro de un relato que parecía bastante asentado social e historiográficamente. En las calles, las demandas de reparación de las víctimas de la represión franquista, con las que simpatizaba y por las que me manifestaba, tampoco permitían una aproximación entre los diferentes espacios de mi socialización en los discursos sobre el pasado. La distancia entre el discurso público y el privado, familiar, era lo suficientemente grande como para no superar una lectura militante de la Guerra civil, con evidentes contradicciones para mí. Por un lado, la experiencia de Enrique me empujaba a comprender la guerra más allá del relato heroico que muchas veces acompañaba a la memoria de la represión. Por otro, el recuerdo heredado de Tomás conseguía reconfortarme internamente: no había “antecedentes franquistas” en mi familia, ni siquiera a través de un voluntario en el ejército sublevado.

En aquellos años anteriores al 15-M, cuando todavía no se hablaba abiertamente de “crisis de régimen” pero conmemorar la Segunda república parecía inseparable de anticipar la Tercera, se hizo patente mi distancia con el relato hegemónico de la Transición sobre el pasado traumático. También en casa. La consideración de la historia como una disciplina basada en un método, asumida progresivamente en las aulas de la Complutense durante los primeros años de Licenciatura, me hizo rechazar algunas de expresiones del

relato memorial familiar. El “todos fuimos culpables”, aquella sombra de la guerra que entonces renacía en los medios de comunicación y en el discurso de algunos políticos, tuvo un correlato en mi entorno: “todos sufrieron”. Por supuesto, Enrique, con sus casi tres años de encarcelamiento, la dificultad de encontrar trabajo al salir de la cárcel y su vocación de guardia civil frustrada por la dictadura. Pero también Tomás, a quien “le quitaron los mejores años, los de la juventud”, como sigue diciendo mi madre todavía hoy, con esa cariñosa sabiduría que solo expresan en voz alta las madres. Su padre nunca formó parte de la comunidad de vencedores al término de la guerra, o al menos esa es la imagen que me ha sido legada: fue siempre un campesino anónimo, sin interés por la política, con el único objetivo de sacar adelante a su familia. Quizá esto fuera un ejemplo más de la “equidistancia” respecto a la guerra, un corolario del discurso de la “guerra fratricida”. Sí reconozco explícitamente la tensión que introduje en ese relato asentado, presente una y otra vez en las sobremesas, a partir de otro, el historiográfico: “objetivo”, “contrastable”, “basado en fuentes”. No podían ser iguales, no podían valer lo mismo. Miro atrás y me veo rebatiendo con datos, contextos, responsables con nombres y apellidos. Las instrucciones de Mola. La fase judicial-militar. Los tribunales especiales.

Todavía hoy admito, no sin cierto rubor, mi frustración por no ser capaz de convencer a mi madre de que ese “todos sufrieron” y ese “conflicto entre hermanos” eran parte de un discurso político interesado. Un discurso que, además, se centraba en la guerra y “olvidaba” la dictadura, y quizá por eso engarzaba tan bien con la memoria familiar. ¿O es que el relato de la Transición sobre el pasado traumático había generado el marco del recuerdo de mis padres y abuelos? Es interesante pensar cómo en mi familia la transmisión de experiencias a la siguiente generación apenas tiene en cuenta la conciencia de haber vivido bajo una dictadura de cuatro décadas: se pasa de las “historias de los abuelos” durante la guerra a la Transición de “los padres” casi sin solución de continuidad. Ni siquiera el compromiso político de mi padre en el tardofranquismo, afiliado al Partido socialista popular en los estertores del dictador, o las anécdotas de su “mili” durante la “Marcha verde”, rivalizan con la

atención prestada a la guerra y la experiencia traumática del suyo. Por otro lado, la proyección del día a día que domina en el recuerdo de Tomás como soldado movilizado apenas tienen un correlato con la memoria de mis abuelas, aun cuando la vida cotidiana suela ser un espacio memorial bastante feminizado. Se desvanecen, también, el hambre de posguerra o las instituciones de encuadramiento y control, “sufridas” únicamente por mis padres: la necesidad de completar el Servicio social para presentarse al examen del carné de conducir, en el caso de ella, o suspender repetidamente la asignatura de Formación del espíritu nacional, en el caso de él.

Ahora asumo que la disonancia entre el discurso académico que yo proyectaba y el que recibía en casa de mis padres fue parte inseparable de mi aprendizaje hacia el final de la Licenciatura. Entonces, confrontado ante relatos que me empujaban en diferentes direcciones, opté por volver a lo que, como historiador en formación, yo aún identificaba como las raíces de la objetividad: las fuentes escritas. “Creo que los papeles del abuelo siguen guardados en el maletín”. Recuerdo la fascinación que me produjeron aquellas palabras pronunciadas por mi padre. Esos “papeles” eran, en realidad, la copia de un texto que mi abuelo Enrique escribió a finales de la década de 1950, cuando intentó reintegrarse en la Guardia civil. Gracias a algunas de mis lecturas, yo entonces empezaba a entender el significado profundo de un aval, pero aquellas páginas que comenzaban con una dedicatoria —“Al Coronel de Infantería D. Ángel Gómez-Caminero y Marqués. Con el mayor respeto y saludándole respetuosamente...”—, iban mucho más allá de lo que yo podía haber imaginado. Recuerdo también el impacto de leer el lenguaje de la dictadura en las páginas mecanografiadas por mi abuelo, que me devolvían a una persona diferente a la imaginada y recordada. “El Glorioso Movimiento Nacional”. “Cuando España necesitaba de todos los buenos españoles”. El “suelo de Castilla manchado por la pezuña roja”. Pensé, casi automáticamente, que aquellas frases tenían el tono de las obligaciones, que formaban parte inseparable de la intención de un texto dirigido al director de la Guardia civil. Pero esa experiencia contada en primera persona, rubricada en julio de 1959 con la intención de recobrar una vida pasada, trascendía la memoria transmitida.

Ese fue el contexto en que Ana Martínez Rus, todavía profesora de “España II”, como llamábamos a esa asignatura, me propuso la posibilidad de escribir mi primer texto académico. Quería organizar, junto a otros dos compañeros de departamento, una mesa para el siguiente congreso de la Asociación de historia contemporánea. Yo le había hablado del descubrimiento de los papeles de mi abuelo, donde aparecía una copia de la liquidación de su condena y la referencia del consejo de guerra al que fue sometido. “¿Por qué no vas a verlo? Podrías escribir sobre su historia, como la biografía de José Andrés Rojo sobre su abuelo”. La curiosidad que me generó aquella invitación fue instantánea, pero contradictoria. ¿Una profesora que me creía capaz de investigar, de convertir a mi abuelo en sujeto de un relato histórico? ¿Cómo hacerlo, además? Su experiencia no encajaba con la imagen que las investigaciones estaban generando de las “víctimas” de la represión franquista, mucho menos después de lo que había leído en su escrito, y su compromiso distaba de estar cerca de la Segunda república o de cualquier proyecto político de izquierdas. ¿Cómo referirme a él, por cierto? Recuerdo esa conversación con Ana en la “puerta de arriba”, junto a la portería de la facultad. A partir de entonces, mi abuelo pasó a ser Enrique. Y en ese verano de 2008, aproveché un viaje por Galicia con mis amigos de la carrera para visitar el Archivo intermedio militar noroeste, en Ferrol.

Entre archivos, congresos y textos

“Ya ha llegado el investigador”. Las palabras del guardia de seguridad, anunciando mi llegada a través del teléfono, me impactaron sobremanera. No sentí el ego reforzado —el estudiante que cambia de estatus y pasa a ser lo que soñó alguna vez—, pero sí recuerdo cómo me invadió una ola de extrañeza. Era la primera vez que pisaba un archivo, y el ritual de entrada, que tantas veces he tenido que completar después, se fundió con mi propia inseguridad. Era un “nieto” que iba a consultar el sumario de su abuelo, pero también un

historiador que aún no se creía estar empezando su indagación sobre un guardia civil represaliado llamado Enrique. ¿Investigador, yo? Pasado aquel umbral, y todavía impactado por el título que acababa de estrenar, en la sala de consulta me recibió una amplia sonrisa que me tranquilizó. Todavía me río con Carmen Rial, por aquel entonces directora técnica del “Archivo de Ferrol”, al recordar esa escena. El espacio tenía todos los elementos necesarios para convertirse en un lugar imponente: un antiguo baluarte militar reconvertido en archivo, y aunque según la página web las obras adaptaron “el edificio a sus funciones, mejorando sus instalaciones y equipamiento”, en mi recuerdo todavía sobresalen unas balas de cañón depositadas en el suelo de la celda contigua a mi mesa de trabajo.

La memoria de Carmen me parece fundamental para entender mi primera experiencia investigadora, con veinte años. Vuelvo a ella por un instante: “intentábamos tener mucho tacto con los familiares que venían al archivo”. Aunque yo quería distanciarme de mi abuelo, a pesar de que pretendía convertirlo en “objeto de estudio”, la expresión que tantas veces había leído en los libros de historia, en aquel momento no podía dejar de ser su nieto. Impactado, además, por los mismos elementos que he visto emocionar a numerosos familiares después: la declaración, la firma debajo de sus palabras transcritas, la sentencia. En mi caso, también la fotografía que se utilizó como prueba de culpabilidad, en la que Enrique aparecía con el puño en alto, *amilicianado*, con una equis inculpativa pintada a sus pies. Era algo más que un investigador cuando salí del archivo con las fotocopias del consejo de guerra guardadas en un sobre, unas páginas que me devolvían de nuevo la complejidad del pasado. Era algo diferente a un mero historiador cuando, durante ese mismo viaje por Galicia, convencí al resto del grupo para visitar el castro de Santa Tecla, en la desembocadura del río Miño, y luego bajar al antiguo colegio de jesuitas de Camposancos, donde estuvo recluso. Y, por supuesto, era más “nieto” que “investigador” cuando me colé a través de su puerta ruinoso, ignorando el no menos ruinoso letrero de “No pasar”, para dejar una rosa en una de las ventanas. Me sentí más “nieto” que nunca cuando volví a casa y le entregué a mi padre las copias del sumario, cuando le vi maldecir al leer la denuncia y llorar al hacer lo

propio con la condena. Me sentí “nieto”, y no otra cosa, cuando opté por el silencio para respetar un dolor acumulado durante décadas, un dolor cuyo significado pleno quizá nunca alcance a comprender. Pero ese silencio mío entonces no era el mismo que había heredado desde pequeño, aquel que modeló primero mi imaginación infantil y luego mi relación con el pasado traumático familiar. Por dentro, yo ya había decidido que en la comprensión estaba la búsqueda de una forma muy personal de justicia: la respuesta a ese primer *por qué* infantil mirando dos fotografías en color sepia.

Al finalizar el siguiente curso, cuarto, quise contextualizar la experiencia de Enrique lo máximo posible. Decidí consultar los fondos de la Causa general. Fue entonces cuando conocí a otro de los responsables de la mesa del congreso a la que iba a asistir, el coordinador de este libro colectivo. Aún guardo el primer correo electrónico que crucé con Jorge: “Me dices que quieres ir a ver la Causa general para encontrar el expediente de tu abuelo, pero allí no vas a encontrarlo. De hecho, lo más probable es que allí no encuentres nada sobre tu abuelo (...) El expediente de tu abuelo está en el archivo de la Guardia civil, en Cuatro caminos”. La mañana del 16 de julio, un día antes de mi cumpleaños, esperé a Jorge en la salida del metro de Cuatro caminos, y él me esperó a su vez a la salida del archivo. Le hablé de mi abuelo, del texto que escribí solicitando el reingreso en el cuerpo. Le pregunté por nuevos enfoques sobre la violencia franquista. Y me hizo uno de los mejores regalos posibles al recomendarme *Lejos del frente. La Guerra Civil en la Rioja alta*, de Carlos Gil Andrés. Ese mismo año, Jorge había publicado una especie de avance de su propia tesis doctoral, *Hijos de una guerra*, sobre la actividad del grupo guerrillero de los hermanos Quero en Granada. Descubrí una nueva forma de escribir historia, de abordar los temas, de interpretar las fuentes y situar a los sujetos en el relato. Él no podía saberlo entonces, y creo que nunca lo hemos hablado directamente, pero la lectura de ambos libros no solo me fascinó. También empezó a resolver mi conflicto interno, como historiador en formación y “nieto de la guerra” al mismo tiempo, entre la subjetividad heredada de mi familia y la objetividad inoculada en la facultad.

Algunos días después del primer contacto con Jorge y el archivo de la Guardia civil, logré conseguir el expediente de mi abuelo. Junto con el sumario militar y sus propias “memorias” escribí mi primer texto académico, en el que quise reflejar hasta qué punto aquel estudio de caso era peculiar. Gutmaro Gómez Bravo, el último coordinador de la mesa del congreso, al que luego también me unió la amistad —y una tesis doctoral—, me hizo ver que los cuerpos de seguridad apenas habían entrado en los debates sobre la represión franquista. Junto con la depuración del cuerpo de Carabineros, o la propia Policía, en el estudio de la Guardia civil podía haber una tesis. Pero, en aquel momento, mi intención era resaltar cómo Enrique no encajaba en el tipo de víctima sobre la que la historiografía había arrojado luz. Reviso ese texto ahora y veo más distancia y rigidez de la que recordaba. Aunque mi propia memoria familiar podía ayudarme a formular hipótesis, yo me reivindicaba como “historiador”, aspiraba a conformar un relato académico. Supongo que, una vez más, estaba preocupado por no ser “el nieto” en un espacio donde la legitimación se alcanza a través de otros códigos, aunque me reconforta saber que a partir de entonces me sentí acompañado en algunas de las intuiciones allí expresadas. ¿Dónde quedaba la recuperación de la agencia de las víctimas, frente al exclusivo análisis de las sentencias? ¿Era posible explicar la estabilización de la dictadura únicamente desde la represión?

Recordaba, por supuesto, las expresiones que tanto me impactaron en el escrito que Enrique elaboró en la década de los cincuenta, mostrando su identificación —forzada o voluntaria, buscada o sincera, ya no importaba tanto— con la dictadura. Pero también pensaba en aquellas anécdotas que me permitieron conocer a Tomás, en la vida cotidiana que empezó a incluir a Juana y María de manera autónoma en las conversaciones, situándolas, eso sí, más en Madrid que en el pueblo. En el tránsito del final de la Licenciatura al inicio del Máster se publicaron dos libros fundamentales para mí, que ofrecían tantos caminos sugerentes para la historiografía del franquismo como nuevas preguntas hacia mi memoria familiar. *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)* permitía trascender la representación de las víctimas propia

del 70 aniversario, para encuadrarlas en las “lógicas de la violencia” y en la construcción del orden de la dictadura. Puede que, aparte de los manuales que consulté cuando era estudiante, el libro de Jorge y Gutmaro sea el que más haya estudiado, subrayado, anotado y llenado de *post-it*. Por su parte, *Granada azul. La construcción de la “Cultura de la Victoria” en el primer franquismo*, me introdujo en el debate sobre las actitudes cotidianas, la relevancia de considerar la extensión de los códigos de la dictadura y cómo la población no permaneció pasiva ante la construcción del régimen. Si no hubiera leído a Claudio Hernández Burgos mi Trabajo de fin de Máster no habría sido igual: la primera oportunidad para poner en relación esas nuevas perspectivas, para empezar a dar respuesta a mis propias inquietudes y contradicciones.

Los caminos que conducen a una tesis doctoral son inescrutables. El mío no puede entenderse sin las confianzas con Daniel Oviedo o Juan Carlos García Funes, sin la fortuna de haber compartido, con Santiago Gorostiza y Carlos Píriz, el ritual de inaugurar el verano en los cursos de El Escorial, sin las conversaciones de salón y cocina con José Luis Ledesma, sin el cariño prolongado en el tiempo de Ana Martínez Rus ni la paciencia para la metodología y el análisis de Gutmaro Gómez Bravo. Tampoco sin los debates con numerosos colegas, de los que aprendí y con quienes estoy en deuda, sin esas lecturas que considero imprescindibles, puesto que me permitieron lidiar con los silencios heredados, intentar comprender lo que no termina de encajar, encauzar mi subjetividad. Pero estudiar la dictadura franquista desde el prisma del control social, entenderlo como una práctica que define los comportamientos proscritos y promueve los aceptados, tratar de unir los estudios sobre la violencia política con el interés por las actitudes sociales, es resultado de una conversación mayor. La que no pude tener con mis abuelos, como escribí en 2017 al final de los agradecimientos de mi tesis. Porque, quizá, imaginar el pasado sea el primer pasado para comprenderlo desde el presente.

Coda... ¿final?: lo que no encaja, una oportunidad para comprender

Influido por las reflexiones de Walter Benjamin sobre la transmisión de la experiencia después de la Primera guerra mundial, hace algunas décadas Giorgio Agamben escribió un libro donde se dan cita temas fundamentales para entender la complejidad de la relación que establecemos con el pasado. El lenguaje como vehículo transmisor y traductor de lo que pensamos, sentimos y deseamos, los sujetos que enuncian el relato y quienes lo reciben y reelaboran, los vínculos que nos ligan a la noción de verdad o la propia experiencia del tiempo son algunas de las discusiones recogidas en ese trabajo. *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia e inicio de la historia* se publicó en 1978, en una fecha que no puede resultar-me ajena. En aquel contexto, mis padres despertaban a la madurez socializándose en un relato colectivo muy potente sobre el pasado traumático español, uno que entroncaba directamente con la memoria transmitida por sus propios progenitores. A veces, también a través del silencio.

Años después, la conciencia temprana de la ausencia de mis abuelos Tomás y Enrique me llevó a fijarme en dos fotografías, la presencia cotidiana, doméstica, de aquel gran trauma colectivo que fue la Guerra civil española. No es una exageración reconocer que soy historiador por haberme encontrado, de esa manera tan visual, con mi memoria familiar. En un primer momento, por lo que suponía para mí imaginar a dos personas con las que, a pesar de no haber podido tener una relación muy estrecha, seguían apareciendo en las conversaciones a las que yo asistía. Luego, por sentirme parte de un relato común, por averiguar “de dónde venía”. Mi vocación empezó a tomar forma a través de la fascinación por el pasado. La guerra fue la puerta de entrada a otras historias, a mi afición por escucharlas, un resorte definitivo para cultivar la creatividad a partir de la lectura, que hasta entonces nunca me había entusiasmado. La imaginación infantil se proyectó sobre el juego, y la representación del pasado gracias a mis inseparables Playmobil fue una forma de responder a las preguntas que mis padres no pudieron responder

entonces. Por qué esa guerra, por qué mis dos abuelos habían estado en zonas distintas, por qué esa experiencia no les dividió años después, cuando fueron parte de una misma familia.

La imaginación infantil se convirtió en romantización adolescente, una forma de inocencia diferente a la anterior. Sin embargo, el recuerdo de mis abuelos apenas encajaba en la lectura militante de la República, la guerra y la dictadura franquista que me dispuse a elaborar. ¿Cómo era posible que un guardia civil, católico practicante, luchara en el lado republicano? ¿Cómo explicar que un voluntario en el ejército sublevado no fuera un furibundo franquista? Aunque ese Álex de 15 o 16 años tenía claro que la República estaba *en el lado correcto de la historia*, volver la mirada a esas dos fotografías del salón funcionaba como una especie de contrapeso. Dice Lynn Hunt en *Historia, por qué importa*, que “todo historiador tiene una historia que contar sobre por qué eligió su campo de especialización”. Aunque la cita se cumpla íntegramente en mi caso, puede que la relevancia de la historia que ha ocupado las páginas anteriores esté en otro lado. Mi relación con la memoria de mis abuelos no solo me condujo a una facultad concreta. Fue, ante todo, una suerte de espejo deformante que disolvía la simplicidad con la que nos solemos acercar al pasado, un aviso de que buscar ahí únicamente elementos que refuercen nuestra identidad es un error. Que su experiencia no encajara con mis prejuicios fue, indirectamente, un regalo: la defensa de la autonomía del presente para formular preguntas, para dibujar inquietudes con las que interrogar al pasado, ese *país extraño* según David Lowenthal.

Pasada la adolescencia, y a medida que me socializaba en un entorno intelectual y académico marcado por el 70 aniversario del inicio de la Guerra civil, mis abuelos me acompañaron para pensar siempre en la necesidad de transitar la complejidad de la guerra y la primera dictadura. El auge de la memoria abrió un contexto en el que lo familiar se proyectó sobre lo público. El recuerdo, en mi caso, fue convirtiéndose progresivamente en historia, no sin tensiones. Mi abuelo pasó a ser “Enrique”, por miedo a que mi relato pudiera ser declarado en la Universidad como únicamente subjetivo. Enrique volvió a ser “mi abuelo” cuando entendí que no heredaba su experiencia, aunque mi mirada sobre el pasado estuviera influida

por ella. También por la de Tomás, cuya forma de verbalizar el recuerdo tomaba siempre la forma de una anécdota, o la de María y Juana, que progresivamente fueron protagonizando la esfera de la vida cotidiana. Esa fue la vía por la que se transmitió en mi familia la memoria de un trauma colectivo. En mi caso, el origen de la historia no estuvo, como sostiene Agamben, en la destrucción de la experiencia. Casi de manera paradójica, la conflictiva conversión de los recuerdos en un relato histórico estuvo a punto de soslayar la experiencia de mis abuelos. Pero como me recordó a través de la pantalla Jorge mientras me entrevistaba para preparar este capítulo, “lo que no encaja es el motor de la investigación”.

Esta historia, como todas, pudo haber sido diferente. Pienso en mis padres intentando explicarle a su hijo pequeño qué fue la Guerra civil, en qué habría ocurrido si no se hubieran tomado mi curiosidad en serio. Hace poco me enfrenté a ese dilema para satisfacer la de mi sobrina Lucía. En una pausa entre las historias de Súper Patata y de Verso, el gato imaginado de Vicente Aleixandre, me hizo la misma pregunta: “¿qué es una guerra civil, tío?”. Pienso en cómo se relacionará su generación, la que se hará adulta en torno al centenario del inicio de la guerra, con el pasado, si seguirá siendo traumático o a partir de qué preguntas logrará problematizarlo. Pienso también en términos familiares: ¿cuándo comprenderá mi sobrino Tomás el significado profundo de su nombre? Dice Antoine Prost en sus *Doce lecciones* que la historia puede llegar a interpretarse como “la historia de uno mismo”. El relato de la Guerra civil y el franquismo que contribuyo a elaborar desde la Universidad, ya como historiador, es muy diferente al que construía tumbado, jugando, buscando *porqués* a 7,5 centímetros sobre el suelo. Pero quizá siga siendo igual de sencillo, y mire al pasado para contarme a mí mismo una historia.

Para Lu, que ya empieza a imaginar mundos distintos “a ras de suelo”
Para Tom, que ya nos regala sus palabras después del silencio

1

8